

La celebración de la eucaristía, fuente de la espiritualidad laical

Diego J. Figueroa Soler

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN La nueva edición del Misal romano ofrece a la Iglesia una oportunidad de volver a profundizar en la espiritualidad litúrgica y, en concreto, a los laicos de profundizar en la relación entre los misterios que celebran y su vida en medio del mundo. El estudio ofrece algunas pistas sobre cómo crecer en la vida recibida en el bautismo para que esta vaya transformando al cristiano y este al mundo.

PALABRAS CLAVE Bautismo, transformación, Misal, laico.

SUMMARY *The new edition of the Roman Missal offers the Church an opportunity to return to the richness of liturgical spirituality. Specifically the Missal invites laypersons to deepen the relationship of the Mysteries of the Faith they celebrate along with the temporal commitment to the world they live in. This study offers a few indications about how to grow in the Life received in Baptism to become better Christians, and Christians in the world.*

KEYWORDS *Baptism, Transformation, Roman Missal, Layperson.*

I. EL NACIMIENTO EN EL BAUTISMO

1. LA VIDA DEL ESPÍRITU EN LA IGLESIA

Víboras, áspides, basiliscos, frecuentan generalmente los lugares secos y áridos. Nosotros, pequeños peces, llamados así por el nombre de nuestro pez (Ictys) Jesucristo, nacemos en el agua y no podemos conservar nuestra vida de otro modo, sino permaneciendo en esa agua. Por ello esa serpiente horriblemente monstruosa, que no tenía

el derecho de enseñar, ha sabido encontrar un medio infalible para hacer perecer a esos peces: sacándolos fuera del agua¹.

Con esta clarividencia expone Tertuliano no sólo el origen, sino también el medio de permanencia del cristiano en Cristo. La vida cristiana que comienza cuando el catecúmeno entra en las aguas saludables del bautismo para encontrar en ellas los efectos del misterio pascual de Cristo no tiene otra forma de acrecentarse que viviendo “en esa agua” y rechazando, en todo momento, cualquier propuesta que pueda sacarlo de ella por engaño de Satanás.

Esta permanencia en las aguas del bautismo, es decir, en la vida sacramental, hace posible el seguimiento de Jesucristo, nuestro pez, creciendo en vida de gracia y en frutos de santidad. La Sagrada Escritura presenta esta imagen del agua como lugar de vida, por ejemplo, en el libro de los salmos. Así dice el primero: “Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni entra por la senda de los pecadores, ni se sienta en la reunión de los cínicos; sino que su gozo es la ley del Señor, y medita su ley día y noche. Será como un árbol plantado al borde de la acequia: da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas; y cuanto emprende tiene buen fin” (Sal 1,1-3). La imagen del árbol regado por el agua de la acequia, es decir, de aquellas aguas que dan vida, aparece también en la profecía de Ezequiel y su visión del Templo (cf. Ez 47,1-12), pero sobre todo, de una forma muy peculiar en el libro del Apocalipsis: en él, el río de la gracia baña un árbol que produce frutos medicinales los doce meses del año (cf. Ap 22,1-2). Sí, el río de la gracia que brota del trono de Dios y del Cordero, produce frutos de salvación para aquellos que se acercan a beber de él. Ese agua es también la que encontramos en el evangelio de Juan, por la que advierte el Maestro a la mujer samaritana: “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna” (Jn 4,13-14). El que permanece bebiendo de las aguas de la gracia recibe la vida eterna.

La Iglesia obtiene esa gracia que calma su sed en la celebración de la Iglesia², en la celebración litúrgica. Al sumergirse en esas aguas, sigue a Cristo, pues es el vínculo creado en el bautismo el que permite al cristiano

1 TERTULIANO, *De baptismo*, 1.

2 CCE 1082.

vivir en su *hábitat* más favorable, y crecer por un camino de transformación³ y santidad que llega, misteriosamente, al lugar del que el río ha brotado, a la presencia de Dios. Por eso, el sacramento bautismal da forma a la vida del cristiano, la configura, la prepara en realidad para esa vida eterna, sana, en la presencia de Dios.

Ciertamente, dentro de la vida sacramental del cristiano, el sacramento de la eucaristía es alimento para el camino, alimento primordial para el seguimiento de Cristo. Es por eso que, citando al magisterio conciliar, la *Institutio* del Misal romano recuerda:

Con mayor interés aún, el Concilio Vaticano II al recomendar especialmente que “la participación más perfecta es aquella por la cual los fieles, después de la Comunión del sacerdote, reciben el Cuerpo del Señor, consagrado en la misma Misa” exhorta a llevar a la práctica otro deseo de los Padres del Tridentino, a saber, que para participar más plenamente en la Eucaristía, “no se contenten los fieles presentes con comulgar espiritualmente, sino que reciban sacramentalmente la comunión eucarística” (OGMR 13).

Es por esto que aprender a vivir la celebración de la eucaristía es fundamental para el que trata con su fe de vivir la caridad de Cristo. El conocimiento de lo que se celebra ayudará sin duda al fruto, próximo y lejano, para el creyente. Sin duda se antoja esencial situar al fiel ante el sacramento:

La celebración de la Eucaristía es acción de la Iglesia universal; y en ella cada uno hará todo y sólo lo que le pertenece conforme al grado que tiene en el pueblo de Dios. De aquí la necesidad de prestar particular atención a determinados aspectos de la celebración, a los cuales, algunas veces, en el decurso de los siglos se prestó menos cuidado. Porque este pueblo es el pueblo de Dios, adquirido por la Sangre de Cristo, congregateo por el Señor, alimentado con su Palabra; pueblo

3 BENEDICTO XVI, *Homilía en la explanada de Marienfeld* (21-VIII-2005): “Esta primera transformación fundamental de la violencia en amor, de la muerte en vida lleva consigo las demás transformaciones. Pan y vino se convierten en su Cuerpo y su Sangre. Llegados a este punto la transformación no puede detenerse, antes bien, es aquí donde debe comenzar plenamente. El Cuerpo y la Sangre de Cristo se nos dan para que también nosotros mismos seamos transformados. Nosotros mismos debemos llegar a ser Cuerpo de Cristo, sus consanguíneos”.

llamado a elevar a Dios las peticiones de toda la familia humana; pueblo que, en Cristo, da gracias por el misterio de la salvación ofreciendo su sacrificio; pueblo, por último, que por la Comunión del Cuerpo y de la Sangre de Cristo se consolida en la unidad. Este pueblo, aunque es santo por su origen, sin embargo, crece continuamente en santidad por su participación consciente, activa y fructuosa en el misterio eucarístico (OGMR 5).

Tal y como recuerda la *Ordenación General del Misal Romano*, los que han recibido el sacerdocio real participan en la celebración de la Iglesia como miembros del pueblo de Dios. El bautismo nos ha constituido como miembros de un pueblo, y esta eclesialidad ha de ser reflejada siempre, como ahora expondremos, también en el sacramento eucarístico. En la celebración eucarística prima la importancia del don: no nos hemos “afiliado” al Pueblo de Dios, no lo hemos fundado nosotros, al contrario, estamos en él porque hemos sido “adquiridos por la Sangre de Cristo”. Toda la celebración ha de manifestar que estamos en ella por pura gracia, que recibimos en ella del Señor porque Él nos ha llamado a participar en ella.

La celebración de la eucaristía es maestra con la que el cristiano aprende que todo lo recibe de Dios, que es su fuente, y que por eso debe darle gracias y alabarle. Todo esto, le fortalece en la unidad del Cuerpo: para eso pedimos el don del Espíritu en la segunda *epiclesis* de la misa, para que el Cuerpo experimente la unidad, viva la misa como experiencia de victoria sobre la soledad y la muerte.

La unidad del cuerpo da vida al miembro. No la tiene por sí, sino que la tiene como parte de un cuerpo⁴. Sin esa unidad, el intento por hacer vida, al salir de la celebración, lo que en ella ha aprendido, se quedará exactamente en eso, en un intento vano. Al respecto, la nueva edición del Misal romano puede ser una oportunidad para que el fiel redescubra la importancia de la

4 J. CORBON, *Liturgia fundamental* (Madrid 2001) 79: “¿Cómo sucederá esto? Se puede uno preguntar. En la línea misma de la gran profecía de Ezequiel (Ez 37, 1-14) que se cumple en este Día, la respuesta es clara: el Espíritu Santo vivifica al poner en comunión. Un cuerpo no es el conjunto de los miembros vivos, sino que cada miembro vive porque está unido al cuerpo. ¡La Iglesia no ha nacido porque un buen día los hombres decidieran unirse en torno a una misma profesión de fe! Al contrario, quien ha suscitado la fe en el corazón de los discípulos es el Espíritu de Jesús y los ha unido al Cuerpo de Cristo. Entonces la Liturgia nació. El Cuerpo de Cristo, desde donde la Liturgia se difunde en el mundo, existe antes de los miembros que se unen a Él. No se fabrica la Iglesia porque no se fabrica la Liturgia: se nace en ella y se la vive”.

oración después de la comunión como elemento que pone en relación la eucaristía que se ha celebrado y recibido con el deseo de una vida santa, vida que llegue en plenitud ante Dios. Sin embargo, como parte de la eucología de la misa, esta oración está en plural: somos todos los miembros los que, en la unidad del sacramento recibido, afrontamos ahora con decisión la tarea de vivir lo celebrado. Ya advertía el Concilio Vaticano II:

El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época... No se creen, por consiguiente, oposiciones artificiales entre las ocupaciones profesionales y sociales, por una parte, y la vida religiosa por otra... Siguiendo el ejemplo de Cristo, quien ejerció el artesanado, alégrese los cristianos de poder ejercer todas sus actividades temporales haciendo una síntesis vital del esfuerzo humano, familiar, profesional, científico o técnico, con los valores religiosos, bajo cuya altísima jerarquía todo coopera a la gloria de Dios (GS 43).

Es por esto la importancia de adquirir la sabiduría y la fortaleza que da la liturgia de la Iglesia por la comunión con Dios. El mejor antídoto para la división entre la fe y la vida es esa unidad que se adquiere porque entre ellas hay un pontífice que las une: Jesucristo que, resucitado y glorioso, actúa en la liturgia haciendo de ella el punto central de sus actividades, el corazón de su existencia. Por eso el contrapunto a *Gaudium et Spes* 43 se encuentra en *Sacrosanctum Concilium* 10.

2. LA LITURGIA, FUENTE Y CULMEN

Las actividades temporales se ven afectadas por el ejercicio creyente, están en íntima relación gracias al misterio de la liturgia, de tal forma que esta celebración de la Iglesia les da todo su sentido, les recuerda su correcta dirección y finalidad:

La Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios

por la fe y el bautismo, todos se reúnan para alabar a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor. Por su parte, la Liturgia misma impulsa a los fieles a que, saciados “con los sacramentos pascuales”, sean “concordes en la piedad”; ruega a Dios que “conserven en su vida lo que recibieron en la fe”, y la renovación de la Alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo (SC 10).

Este número del magisterio conciliar es explicado en la *Institutio* del Misal romano de la siguiente forma:

La celebración de la Misa, como acción de Cristo y del pueblo de Dios ordenado jerárquicamente, es el centro de toda la vida cristiana para la Iglesia, tanto universal, como local, y para cada uno de los fieles. Pues en ella se tiene la cumbre, tanto de la acción por la cual Dios, en Cristo, santifica al mundo, como la del culto que los hombres tributan al Padre, adorándolo por medio de Cristo, Hijo de Dios, en el Espíritu Santo. Además, en ella se renuevan en el transcurso del año los misterios de la redención, para que en cierto modo se nos hagan presentes. Las demás acciones sagradas y todas las obras de la vida cristiana están vinculadas con ella, de ella fluyen y a ella se ordenan (OGMR 16)⁵.

Según esto, las tareas que el fiel laico realiza responsablemente en medio del mundo encuentran su más elevada expresión en la que Cristo, hombre en todo igual a nosotros, menos en el pecado, realiza ahora y para siempre ante el Padre⁶. En ella encuentra reflejo y con ella descubre el valor

5 El libro del P. JESÚS CASTELLANO, *Liturgia y vida espiritual* (Barcelona 2006), contiene un precioso capítulo titulado “El culto espiritual cristiano. La vida como liturgia” de gran belleza y acierto teológico: es lectura que profundiza en la vida que nace del culto.

6 “Pues todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el cotidiano trabajo, el descanso de alma y de cuerpo, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo (cf. 1 P 2,5), que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosísimamente al Padre junto con la oblación del cuerpo del Señor. De este modo, también los laicos, como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran el mundo mismo a Dios” (LG 34).

a sus esfuerzos de cada día, pues el Cristo glorioso⁷ realiza la obra de nuestra salvación ante el Padre, habiéndola realizado antes entre nosotros, incluso “a gritos y con lágrimas” (Hb 5,7). Nuestras obras buscan, como la de Abel (cf. Gn 4,4) en los principios de la humanidad, ser agradables a Dios⁸, y por la de Cristo –obra más excelsa de santidad y de amor– y con ella, así sucede: por eso la obra de Cristo es culmen de las obras de los hombres.

Sin embargo, también sucede que, como bien hemos visto, en la liturgia Cristo fortalece a los fieles con la gracia del Espíritu Santo, de tal forma que de la acción de la gracia sobre el Cuerpo de Cristo se benefician sus miembros que llevan a cabo sus tareas en medio del mundo “concordes en la caridad” y “arrastrados” por la caridad de Cristo para poder hacer bien, siempre bien. La caridad como forma de vida en la familia, en el trabajo, en medio de la sociedad, nace de la vida en el espíritu, de vivir sumergidos en las fuentes del amor⁹.

Es por esto que el Misal es el libro que contiene todo lo necesario para que, seguido fielmente, ayude al bautizado a cooperar con la acción de Dios y a participar mejor dispuesto en la oración de la Iglesia¹⁰; el laico se asocia con el don del Espíritu que le da el Hijo, y es transformado en un ser nuevo para transformar el mundo, acercando el Reino de Dios y la esperanza de Cristo a todos. De forma magistral lo expresa Benedicto XVI en su exhortación apostólica *Sacramentum Caritatis*:

Cada celebración eucarística actualiza sacramentalmente el don de su propia vida que Jesús hizo en la Cruz por nosotros y por el mundo entero. Al mismo tiempo, en la Eucaristía Jesús nos hace testigos de la

7 Cf. *Mediator Dei* 89

8 Sin duda es conveniente la lectura de *Sacramentum Caritatis* 70, con la explicación del “culto razonable” que hace Benedicto XVI como unión de los aspectos “fuente y culmen”.

9 “El apostolado de los laicos es participación en la misma misión salvífica de la Iglesia, apostolado al que todos están destinados por el Señor mismo en virtud del bautismo y de la confirmación. Y los sacramentos, especialmente la sagrada Eucaristía, comunican y alimentan aquel amor hacia Dios y hacia los hombres que es el alma de todo apostolado” (LG 33).

10 “Por eso es del todo necesario que los responsables de la liturgia en las comunidades y los equipos de animación litúrgica se esfuercen en conocer a fondo el Misal con el fin de poner sus riquezas al alcance de todos los fieles. No hay que olvidar que todo libro litúrgico, promulgado por la autoridad competente de la Iglesia, es un testimonio de la *lex orandi*, la norma de la plegaria, expresión segura de la *lex credendi*, la norma de la fe” (COMISIÓN EPISCOPAL DE LITURGIA, *Celebrar la eucaristía con el Misal romano*, [20-IV-2016] 3).

compasión de Dios por cada hermano y hermana. Nace así, en torno al Misterio eucarístico, el servicio de la caridad para con el prójimo, que “consiste precisamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo”... En verdad, la vocación de cada uno de nosotros consiste en ser, junto con Jesús, pan partido para la vida del mundo (SCar 88).

II. EL MISAL QUE ABRE LA PUERTA DE LA VIDA FUTURA

La naturaleza prepara el embrión, mientras vive en tinieblas de noche, para la vida en un mundo de luz. Y la naturaleza le va dando forma tomando por modelo la existencia que le recibirá. Es también lo que ocurre en los santos. Con esta diferencia: el embrión no tiene conocimiento alguno de esta vida, y a los santos se les clarean ya en la existencia terrena muchas cosas del futuro. Aquel no goza aún de una vida, que le es totalmente futura, ni un rayo de luz penetra en las entrañas del seno materno, ni ha gustado nada de lo que esta vida constituye. No pasa así con nosotros: fundidos y fusionados futuro y presente, nos alumbraba benevolente aquel Sol e impregna nuestra arcilla pestilente la unción celestial, dando a los hombres Pan de ángeles¹¹.

“Clarean ya en la existencia terrena muchas cosas del futuro”. Vemos, recibimos algo de lo que plenamente nos será dado a luz un día. ¿Hacia dónde nos lleva la celebración de la Iglesia?, ¿qué busca? Alumbrarnos plenamente, llevarnos a la presencia plena y santificadora de Dios a los que hemos recibido el santo bautismo, poniéndonos en la dirección de Dios de tal forma que nuestra vida sea toda ella, con nuestras decisiones, palabras y gestos, alabanza divina, prenda de lo que será totalmente.

11 N. CABASILAS, *La vida en Cristo* (Madrid 1999) I, 3

Pero esto sucede de forma peculiar, pues decía Cabasilas: “fundidos y fusionados futuro y presente”, es decir, que esa dirección no es algo externo que cae sobre nosotros, sino que a lo más profundo de lo que somos y de lo que vivimos, le es concedida una fuerza que convierte al creyente, que le transforma en aquello que le es dado, el futuro en Dios, ser “todo en todos” (1 Co 15,28). La naturaleza divina le va “dando forma, tomando por modelo la existencia que le recibirá”. La celebración de los sacramentos permite que eso así suceda, y para la eucaristía, el Misal es el elemento que introduce lo futuro en lo presente, y lo presente en lo futuro.

Por eso, querríamos resumir en siete puntos ayudas que el Misal ofrece en la celebración para que, los que han recibido la nueva identidad del bautismo puedan descubrir cómo en la celebración de la misa encuentran la fuerza para ser lo que son.

1. PARTICIPACIÓN Y FORMA DE LA OFRENDA

El mismo número cinco de la *Institución* dejaba bien claro que quien celebra la eucaristía es la Iglesia universal, el Cristo total, cabeza y cuerpo¹². Es toda la Iglesia la que presenta su ofrenda al Padre¹³. Por eso, es muy importante que el bautizado sea educado en la celebración, en lo que en ella sucede y en cómo, en función de su vocación, cada uno participa en la misa. No es más el que más hace, no es necesario hacer más para ser más, al contrario, podríamos oscurecer los ministerios y tareas, los servicios y colaboraciones que cada celebración requiere y en los cuales se ve la naturaleza eclesial de la liturgia.

El cristiano experimenta su “ser más” en el hecho de formar parte de un Cuerpo que, unido a Cristo y vivificado por el Espíritu, se ofrece al Padre. Ninguna experiencia alcanza el valor de esta otra. Pero el cristiano participa de esa ofrenda en la celebración en función de la vocación a la que ha sido llamado. Esto no se debe al capricho de nadie, sino a la propia naturaleza

12 Así lo dice también el *Catecismo de la Iglesia Católica*: “La Liturgia es ‘acción’ del ‘Cristo total’ (*Christus totus*). Los que desde ahora la celebran participan ya, más allá de los signos, de la liturgia del cielo, donde la celebración es enteramente comunión y fiesta” (nº 1136).

13 OGMR 2.

eclesial. Ese “todo y sólo” favorece la participación y manifiesta de forma significativa el ser de la Iglesia. Es por esto que si en la celebración el creyente conoce bien la especificidad de su llamada podrá tomar mejor conciencia de la forma específica en la que también en la celebración participa. La celebración litúrgica siempre es experiencia y manifestación de la comunión de la Iglesia, por eso las decisiones que se toman para la preparación y el desarrollo de la celebración han de mostrar que la Iglesia es misterio de comunión: Juan Pablo II lo exponía a los laicos así: “La realidad de la Iglesia-Comunión es entonces parte integrante, más aún, representa el contenido central del ‘misterio’ o sea del designio divino de salvación de la humanidad” (ChL 18-20).

El bautizado ejerce su sacerdocio dentro de la liturgia principalmente participando de la oración y de la ofrenda, en la intercesión y en la alabanza:

sea por la oblación o sea por la sagrada comunión, todos tienen en la celebración litúrgica una parte propia, no confusamente, sino cada uno de modo distinto. Más aún, confortados con el cuerpo de Cristo en la sagrada liturgia eucarística, muestran de un modo concreto la unidad del Pueblo de Dios, significada con propiedad y maravillosamente realizada por este augustísimo sacramento (LG 11).

Es responsabilidad de los pastores ofrecer a los fieles laicos una formación suficiente como para poder comprender la relación entre la oblación (en la vida) y la comunión (en la liturgia), de tal forma que entiendan y busquen experimentar esa unidad de vida en la que se traduce la santificación, el irse dando las cosas futuras entremezcladas con las de este siglo. De hecho, que en la celebración litúrgica participen multitud de ministros en diferentes tareas, manifiesta la variedad de vocaciones y de miembros que conforman el Cuerpo de Cristo: en el hecho de que haya lectores, acólitos, un presidente, un cantor o un coro, asamblea, etc., se hace visible el sacramento de la Iglesia (cf. LG 1) que está formada por variedad de vocaciones y carismas.

Sin embargo, no es necesario llevar a un forzado reparto de tareas hasta un protagonismo de todos los participantes: siempre el actor principal es Cristo, siempre. Esto no puede quedar oscurecido en la preparación celebrativa sino, al contrario, todos han de obrar de tal forma que la celebración sea, sin duda, para lo que Él la ha entregado a la Iglesia: “obra de redención humana y de la perfecta glorificación de Dios” (SC 5). Cuando la liturgia refleja lo que

ella es y la misión que tiene, adquiere toda su expresividad, y sus miembros pueden reconocerse en ella sin duda, se ven reafirmados en lo que son, el Cuerpo de Cristo.

Es por esto que la misa no es suma de celebraciones, sino celebración de un Cuerpo, que movido y guiado por la acción del Espíritu Santo aprende a dirigirse a Dios, desde la celebración, hacia su vida entera.

2. LA CELEBRACIÓN SIEMPRE LO ES DE LA IGLESIA

Según lo visto en el punto anterior, la renovación del Misal es una oportunidad excelente para que los sacerdotes promuevan grupos de formación litúrgica en las parroquias y asociaciones¹⁴. Los grupos de formación litúrgica ofrecen una gran ayuda a nivel eclesiológico y de implicación en la vida de la Iglesia. Unos conocimientos de liturgia ayudarán a que el creyente se pueda valorar como miembro de Cristo y responda con una participación activa a la actual tentación de individualismo que amenaza al cristiano. Para gente de cualquier espiritualidad o carisma, la formación litúrgica, lejos de molestarle, le ayudará a saber integrar su vocación en la comunión de vida de la Iglesia.

Buscar una celebración sacramental que pase por encima de la celebración de la Iglesia, o que pretenda reflejar lo que un grupo es, lo que siente, lo que le preocupa, por encima o al margen de lo que es la Iglesia que celebra, lo único que ayuda es a crear grupos separados, elites, que desvirtúan la realidad de la celebración.

En su conocido –y casi centenario– ensayo, *El espíritu de la liturgia*, Romano Guardini dedica un capítulo entero, el segundo, a explicar la importancia de la comunidad que celebra la liturgia, definiendo esta como el paso del *yo* al *nosotros*. Allí encontramos la siguiente afirmación:

En la vida litúrgica el individuo no se sitúa ante Dios como un ser aislado, independiente, sino como un elemento, un factor constitutivo

14 “Los cristianos todos, conscientes de la importancia, urgencia y necesidad de la formación deben conocer y profundizar su sentido: crecer, madurar permanentemente en la fe y dar más fruto; celebrar y alimentar la fe en los sacramentos y en la oración personal y comunitaria; configurarse con Cristo, y, como él, conocer y cumplir la voluntad del Padre, guiados por el Espíritu Santo. En la formación de los laicos el cultivo de la espiritualidad ha de ocupar un lugar preeminente” (COMISIÓN EPISCOPAL DE APOSTOLADO SEGLAR, *Cristianos laicos, Iglesia en el mundo* [9-XI-1991], nº 72).

de esa gran unidad de la que venimos hablando. Quien se dirige a Dios es la unidad, la colectividad: el creyente no hace más que prestar su cooperación, y por eso se le exige que se dé perfecta cuenta de su calidad de miembro integrante, y por lo tanto, de su responsabilidad¹⁵.

Es la Iglesia, el *Corpus Christi Mysticum*, quien ora al Padre. De esta forma, el espíritu eclesial a la hora de la celebración litúrgica, para nada exclusivista sino, al contrario, abierto a todos, sirve de termómetro del auténtico espíritu eclesial del individuo o del grupo reunido a celebrar. Ciertamente, para que una comunidad celebrante pueda ser verdaderamente abierta a todos y pueda manifestar verdaderamente el deseo de incluir en sus intenciones a toda la comunidad peregrina, en unas o en otras circunstancias, necesita de la catolicidad que sólo las normas y textos litúrgicos –aprobados precisamente por su ortodoxia y para su universalización- pueden tener. Querer “acercar” más allá del libro normativo la celebración aún con la mejor intención, sólo conseguirá “alejarse” a la comunidad reunida de la totalidad de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, de sus hermanos y de sus intenciones.

Sirvan como pequeñas pistas que recuerda constantemente a los celebrantes esta realidad eclesial dos detalles bien conocidos: primero, la importancia de los plurales en la oración. Los que nos vemos y los que no, los que están más cerca y los que están más lejos, conforman esos plurales en los que, invisiblemente, une el Espíritu Santo. Los que nos vemos somos signo sacramental de todos los que, aunque no podamos ver, sin duda están, porque, por el bautismo recibido, conforman el Cuerpo de Cristo. En segundo lugar, el principio del Ordinario de la Misa del Misal romano es tremendamente significativo: “Reunido el pueblo, el sacerdote se dirige al altar, con los ministros, mientras se entona el canto de entrada” (OM 1). La convocación del pueblo de Dios, signo y prenda de aquella del Apocalipsis, “una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero” (Ap 7,9), es la reunión de aquellos que han sido unidos por la misma fe recibida en el bautismo y la llamada de Cristo, el buen pastor: el dato significativo es que en la celebración de la liturgia siempre hay un pueblo, normalmente visible, siempre invisible, que es invitado a la celebración: cualquiera puede sentirse invitado y reconocerse

15 Cf. R. GUARDINI, *El espíritu de la liturgia* (Cuadernos Phase 100; Centro de Pastoral Litúrgica, Barcelona 1999) 29.

como parte acogida en la celebración si esta es como lo es en toda la Iglesia, si puede reconocer en la Palabra de Dios, en los textos de la oración, en la espiritualidad trinitaria y eclesial, la fe que comparten los que han sido llamados a la fe en Cristo. Entender la liturgia como elemento de comunión es posible si esta comunión no “flota en el aire”, sobre nuestro débil fundamento, sino en el fundamento de una Tradición, recibida inmerecidamente, tal y como sucedió a los primeros creyentes, aquellos discípulos a los que el Señor la entregó en el primer Jueves Santo.

3. APRECIO POR LA PALABRA DE DIOS EN LA LITURGIA

Por eso, la renovación del Misal nos tiene que animar a ofrecer herramientas de tipo bíblico a los fieles. Conocer la Palabra de Dios, no sólo la que se proclama, sino también la que construye e inspira las oraciones, la que explica los ritos, la que nos enseña cómo dirigirnos a Dios y cómo no hacerlo, es fundamental. Así como el misal siempre conduce al leccionario, también esta nueva edición del Misal tiene que llevarnos a reconocer que la Palabra crea en nosotros la fe que nos hace celebrar.

El *Ordo lectionum missae* es claro a la hora de explicar en qué consiste la participación en la liturgia de la Palabra de la misa: lejos de considerar que el que lee es el más participa, enseña que

Los fieles tanto más participan de la acción litúrgica cuanto más se esfuerzan, al escuchar la palabra de Dios en ella proclamada, por adherirse íntimamente a la Palabra de Dios en persona, Cristo encarnado, de modo que aquello que celebran en la liturgia sea una realidad en su vida y costumbres, y, a la inversa, que lo que hagan en su vida se refleje en la liturgia (OLM 6).

La proclamación de la Palabra de Dios en la misa es también principio de eclesialidad; por el contrario, cuando queriendo acercar a Dios se cambia esta Palabra por otra¹⁶, se hace un flaco favor a la comunidad reunida.

16 “No está permitido que en la celebración de la misa las lecturas bíblicas, junto con los cánticos tomados de la sagrada Escritura, sean suprimidas ni recortadas ni, cosa todavía más grave, sustituidas por otras lecturas no bíblicas. Pues por

Desde aquel pasaje del evangelio en el que Cristo educa a los dos discípulos de Emaús explicándoles primero la Palabra de Dios y luego partiendo para ellos el pan (cf. Lc 24), la Iglesia no prescinde de esta Palabra antes de acercarse al altar. Por eso, el Concilio Vaticano II proclama algo que luego el magisterio repetirá insistentemente:

Las dos partes de que consta la Misa, a saber: la liturgia de la palabra y la eucarística, están tan íntimamente unidas que constituyen un solo acto de culto. Por esto el Sagrado Sínodo exhorta vehemente a los pastores de almas para que en la catequesis instruyan cuidadosamente a los fieles acerca de la participación en toda la misa, sobre todo los domingos y fiestas de precepto (SC 56).

La unidad de la celebración no ha terminado de entrar en el pueblo fiel: es fácil observar en nuestras iglesias cómo la gente entra en la celebración de la eucaristía con esta empezada, avanzada o muy avanzada, cercano ya el momento de la comunión de la que no se privan en esos casos. El riesgo para quien hace de la celebración un instante eucarístico consiste en reducir la fe de la Iglesia a un “capricho mecanicista”, lejano del marco eclesial del Misal y, por lo tanto, de la intención de la Iglesia. Va en debilidad de la objetividad de la fe y deja al fiel a merced de la peligrosa subjetividad... porque sólo la Palabra de Dios leída y proclamada en la Iglesia prepara al fiel para acoger reverente y obedientemente el alimento de la eucaristía. Podemos recordar lo que Benedicto XVI advertía en la exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*:

Palabra y Eucaristía se pertenecen tan íntimamente que no se puede comprender la una sin la otra: la Palabra de Dios se hace sacramentalmente carne en el acontecimiento eucarístico. La Eucaristía nos ayuda a entender la Sagrada Escritura, así como la Sagrada Escritura, a su vez, ilumina y explica el misterio eucarístico (VD 55).

medio de la misma palabra de Dios, transmitida por escrito, “Dios sigue hablando a su pueblo”, y mediante el uso constante de la Sagrada Escritura el pueblo de Dios se hace más dócil al Espíritu Santo por medio de la luz de la fe, y así puede dar al mundo, con su vida y sus costumbres, el testimonio de Cristo” (OLM 12).

Por último, podríamos preguntarnos: ¿Cómo acoger oportunamente la Palabra de Dios?, ¿cómo se prepara? Una preparación remota se hace leyendo previamente las lecturas, que predisponen al corazón a entender lo que vamos a escuchar y lo que se nos va a explicar. Una preparación inmediata se da gracias a los ritos iniciales y a la forma de la proclamación: “Lo que más ayuda a una adecuada comunicación de la palabra de Dios a la asamblea por medio de las lecturas es la misma manera de leer de los lectores, que deben hacerlo en voz alta y clara, y con conocimiento de lo que leen” (OLM 14). “El saludo, y el anuncio *Lectura del santo evangelio* y *Palabra de Dios*, al terminar, es bueno que se canten, para que el pueblo, a su vez, pueda aclamar del mismo modo, aun cuando el Evangelio solamente se haya leído. De esta manera se expresa la importancia de la lectura evangélica y se promueve la fe de los oyentes” (OLM 17). Y también: “En esta forma, la asamblea honra la palabra de Dios, recibida con fe y con espíritu de acción de gracias” (OLM 18).

4. LA PALABRA SE COMPLEMENTA CON EL SILENCIO

El silencio ha adquirido un mayor peso en esta nueva *Institutio*. Sin embargo, ya aparecía entre las recomendaciones del Concilio de cara a una mejor participación en la celebración de la Iglesia. “Para promover la participación activa se fomentarán las aclamaciones del pueblo, las respuestas, la salmodia, las antifonas, los cantos y también las acciones o gestos y posturas corporales. Guárdese, además, a su debido tiempo, un silencio sagrado” (SC 30). Sí, es esto muy interesante: el silencio ayuda a una mejor participación. El silencio cuando corresponde silencio, cuando se proclama la Palabra o se ora con el presidente; nunca cuando se trata de un diálogo en el que corresponde intervenir.

A nosotros, acostumbrados al ruido y la prisa, encontrar sitio al silencio en la celebración nos puede parecer forzado, y sin embargo, el silencio es el espacio en el que el Espíritu Santo manifiesta que está obrando¹⁷. Educarnos en el silencio es educarnos en que nuestra vida de hijos de Dios, de bautizados,

17 “El diálogo entre Dios y los hombres, que se realiza con la ayuda del Espíritu Santo, requiere breves momentos de silencio, adecuados a la asamblea presente, para que en ellos la palabra de Dios sea acogida interiormente y se prepare una respuesta por medio de la oración” (OLM 28).

se realiza en la escucha transformadora de la voluntad del Padre. La liturgia es pedagogía de la oración cristiana cuando nos enseña que no tenemos que estar siempre hablando, siempre diciendo... que acoger es la actitud propia del creyente para poder transformar el mundo. Acoger lo que Dios ofrece, su amor, para que ese amor transforme nuestras vidas, deseos e intenciones. Por eso el silencio expresa, según lo escuchado, distintas formas de acoger:

su naturaleza depende del momento en que se observa en cada celebración. Pues en el acto penitencial y después de la invitación a orar, cada uno se recoge en sí mismo; pero terminada la lectura o la homilía, todos meditan brevemente lo que escucharon; y después de la Comunión, alaban a Dios en su corazón y oran (OGMR 45).

5. EL USO DE MATERIALES QUE AYUDEN A VIVIR LA CELEBRACIÓN

En estos últimos años han proliferado las experiencias tipo *Magnificat*, o los pequeños “misalitos”, que buscan ayudar al fiel a seguir la misa, a no despistarse, a leer a la vez que escucha. En los tiempos del movimiento litúrgico, estos libritos fueron de gran utilidad. Pero conviene también saber usarlos: vienen bien, sobre todo, como preparación a la celebración, para preparar las lecturas, para leer previamente las oraciones de la misa, sobre todo aquellas que son propias del día y que sabemos se van a usar: no viene bien si busca que dejemos de escuchar al lector, porque lo hace mal, pues “la fe nace del mensaje que se escucha, y la escucha viene a través de la palabra de Cristo”, dice san Pablo (Rm 10,17), es decir, la Palabra es un don que el hombre recibe¹⁸, no puede autoabastecerse aunque esta opción resulte más cómoda. Es interesante comprobar cómo OLM habla siempre de que en la celebración la palabra es “proclamada”: la liturgia de la Palabra siempre mantendrá la estructura propia de la dinámica de la fe, en la que es Dios el que habla de forma mediada, y la Iglesia la que responde. De esta forma,

18 Al respecto dice Benedicto XVI: “La historia de la salvación en su totalidad nos muestra de modo progresivo este vínculo íntimo entre la Palabra de Dios y la fe, que se cumple en el encuentro con Cristo. Con él, efectivamente, la fe adquiere la forma del encuentro con una Persona a la que se confía la propia vida. Cristo Jesús está presente ahora en la historia, en su cuerpo que es la Iglesia; por eso, nuestro acto de fe es al mismo tiempo un acto personal y eclesial” (VD 25).

la celebración litúrgica ayuda al laico a reconocer que recibe la Palabra por don de Dios, que no tiene que forzar a encontrarla porque en la Iglesia se le anuncia y proclama, de tal forma que en ella aprende a reconocer cómo Dios nos habla para poder reconocer y llevar esa Palabra al mundo que está llamado a santificar. Una palabra recibida, como bien nos dice la experiencia a todos los cristianos, es una semilla sembrada en un corazón, que dará fruto a su tiempo, según la voluntad de Dios.

Igualmente, no puede dedicarse el tiempo del prefacio o la plegaria a buscar la que el celebrante está haciendo, o la ayuda se convertirá en elemento de distracción. Deseamos que pronto podamos disponer de pequeños misales para ayudar a los fieles laicos a celebrar, pero no ayudarán si pretenden suplir donde no es fácil a otros ministros. A estas ayudas que quieren acercar la liturgia eucarística a los fieles habrá que pedirles siempre, además de su practicidad y maniobrabilidad, la fidelidad al texto original y la fe en la enseñanza litúrgica de la Iglesia.

6. MEJORANDO LA FORMACIÓN LITÚRGICA

La nueva *Institutio* hace el esfuerzo de explicar el sentido de algunos ritos de la misma celebración. Sin duda, un esfuerzo así merece ser correspondido con un esfuerzo mayor en que la celebración sea expresiva y participada, en que cada uno sepa por qué se hacen las cosas y busque hacerlas de la mejor manera posible. Vivimos en el tiempo de la *actuosa participatio* (cf. SC 14-20), que Benedicto XVI explica como “la participación activa deseada por el Concilio se ha de comprender en términos más sustanciales, partiendo de una mayor toma de conciencia del misterio que se celebra y de su relación con la vida cotidiana” (SCar 52). Hubo un tiempo en el que le pedimos a la liturgia que se acercara a nuestro idioma para poder celebrar mejor, y cambiamos rituales y ritos... ahora el esfuerzo tiene que venir de nuestra parte por conocer y realizar mejor esos ritos, sobre todo si deseamos celebrar mejor, aprovechar mejor la celebración.

Un curso organizado y sistemático es una experiencia de formación permanente valiosa y necesaria para todos los cristianos, en un tiempo en el que los signos y elementos de la Iglesia ya no se entienden de nuevo. O hacemos el esfuerzo desde la catequesis por dar a conocer la simbólica connatural a

nuestra fe o el pueblo perderá la referencia y dejará de valorar su liturgia. En este sentido, conviene siempre situar correctamente la catequesis: o prepara a la celebración, o es mistagógica a su término, pero hace de la celebración momento de desvelarse el misterio, de no ver para ver el misterio de Dios, siempre y cuando se favorezca esta por medio del *ars celebrandi*¹⁹.

El conocimiento de la dinámica propia de la celebración es fuente de unidad del pueblo de Dios, que se reconoce en las palabras y gestos que comparte con el resto de la asamblea, no le hacen sentirse extraños sino, más bien al contrario, miembros de la Iglesia que celebra con su Señor. La experiencia común de confesar la misma fe ha de verse ratificada en la celebración: en ella, al actuar según la Iglesia enseña, el laico sabe que ha encontrado su lugar de descanso, de oración eclesial, de alegría de compartir algo más que la fe, la comunión con el Señor.

7. EL OBJETIVO DE LA CELEBRACIÓN

En este sentido, el punto siguiente es crucial: el para qué de la celebración, la comunión ente Dios y nosotros, la glorificación de Dios y la santificación de los hombres: A veces la misa “no nos dice nada”, no “sentimos” nada, no “nos ha tocado al corazón”... no pasa nada. La liturgia no actúa principalmente al nivel de los sentimientos, sino al nivel de la gracia: actúa sobre nuestra fe, esperanza y caridad. No crea mariposas en el estómago, sino comunión con Dios. La liturgia es la piedad objetiva de la Iglesia²⁰, no subjetiva o personal. No le pidamos lo que no nos tiene por qué dar. Sepamos siempre que nos

19 “Efectivamente, el primer modo con el que se favorece la participación del Pueblo de Dios en el Rito sagrado es la adecuada celebración del Rito mismo. El *ars celebrandi* es la mejor premisa para la actuosa *participatio*. El *ars celebrandi* proviene de la obediencia fiel a las normas litúrgicas en su plenitud, pues es precisamente este modo de celebrar lo que asegura desde hace dos mil años la vida de fe de todos los creyentes, los cuales están llamados a vivir la celebración como Pueblo de Dios, sacerdocio real, nación santa (cf. 1 P 2,4-5.9)” (SCar 38).

20 “En las celebraciones litúrgicas, y particularmente en el augusto sacrificio del altar, se continúa sin duda la obra de nuestra redención y se aplican sus frutos. Cristo obra nuestra salvación cada día en los sacramentos y en su sacrificio, y, por su medio, continuamente purifica y consagra a Dios el género humano. Tienen éstos, por consiguiente, una virtud objetiva, con la cual, de hecho, hacen partícipes a nuestras almas de la vida divina de Jesucristo. Ellos tienen, pues, por divina virtud y no por la nuestra, la eficacia de unir la piedad de los miembros con la piedad de la Cabeza, y de hacerla, en cierto modo, una acción de toda la comunidad” (MD 42).

da la gracia. Lo demás es de regalo, a veces sucede y a veces no, pero no puede ser criterio fundamental para alegrarnos o entristecernos, para coger o dejar. Vivimos unos tiempos excesivamente sensibles, subjetivos, y conocer lo objetivo que celebramos nos evitará tener la tentación de cambiar, o adaptar o “mejorar” el Misal y la misa. La fe es algo objetivo, la gracia es algo objetivo, el amor es algo objetivo. Eso debemos recibir y buscar.

Es de sobra conocida aquella visión de San Agustín que él mismo relata en sus Confesiones: “Yo soy el pan de los fuertes; ten fe y cómeme. Pero no me cambiarás en ti, sino que tú serás transformado en mí”²¹.

En tiempos de crisis de fe como los que vivimos se hace especialmente necesario saber afirmar lo fundamental sobre lo que hacemos y creemos. El fiel laico ha de participar en la celebración eucarística con la certeza de lo que en ella sucede y de lo que en ella recibe, para que no sea el mundo en el que vive y que le influye constantemente el que transforme su visión de lo que come, sino lo que come lo que le haga ver la nueva realidad que está surgiendo a partir de esta comunión:

En el pan y en el vino, bajo cuya apariencia Cristo se nos entrega en la cena pascual, nos llega toda la vida divina y se comparte con nosotros en la forma del Sacramento... En Cristo muerto y resucitado, y en la efusión del Espíritu Santo que se nos da sin medida, donde nos convertimos en verdaderos partícipes de la intimidad divina. Jesucristo, pues, “que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha”, nos comunica la misma vida divina en el don eucarístico (SCar 8).

Esa vida divina que se nos comunica y que nos transforma nos permite mirar al mundo como lugar en el que Dios ha puesto el germen de la transformación del cosmos: En este sentido, el papa Francisco, en la encíclica *Laudato si* (235-237), nos ha ofrecido esta mirada a lo que sí cambia en los sacramentos, fundamentalmente en la eucaristía. Es el principio de la transformación de todo que se realiza a partir de principios materiales. Eso sí es lo que fundamenta todo cambio, toda nueva creación que por la comunión con Cristo, hombre nuevo, se ha realizado desde nuestro bautismo.

21 SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, VII, 4.

III. CONCLUSIÓN

En definitiva, el Misal es una ayuda necesaria para que los bautizados puedan vivir la vida en Cristo e instaurar la esperanza definitiva en el Reino de Dios, porque por su ayuda la fe se hace vida, el credo se vuelve santidad, esta vida conduce a la otra. Los laicos no deben cansarse de buscar esa mejor celebración que ya, como embriones, aquí recibimos, en la que, desde la comunión que se da entre la eucaristía y la propia vida empieza la transformación del mundo en que viven. Así se llenará de amor el corazón y viviremos el día al día de la fe en medio del mundo, preparados para entrar en el futuro ya prometido.